

## PRIMERA PARTE

Apacible vida queretana. Misiones oaxaqueñas. Belcebú



## Capítulo uno

La luz del sol comenzaba a apoderarse de un cielo teñido de añil. Como un filete longilíneo de salmón ahumado, un cirro ofensivamente rosáceo parecía descansar sobre el horizonte, diluyéndose poco a poco. Un gran ventanal sin cortinas ni persianas presidía nuestro dormitorio. Claudia dormía a mi lado; antes de despertarla me quedé mirando hacia el firmamento naciente con la determinación vibrando en mis pupilas.

—Claudia, amor —mantenía los ojos cerrados cuando la besé en los labios, e insistí—; preciosa.

—¿Qué hora es?

—Las 6:55.

Acababa de ver los números en el teléfono celular, por eso le dije la hora en su formato digital; no le dije las siete menos cinco, sino:

—Las 6:55 —repetí.

Así que me quité de encima el edredón y me dirigí hacia el baño con los pies desnudos, el suelo de baldosas rústicas de arcilla resultaba agradablemente fresco; en calzoncillos; me iba quitando la camiseta cuando Claudia, desde la cama, al tiempo que se ponía boca arriba, me increpaba con razón:

—¿Pero no es sábado hoy?

—Sí, en efecto. Por eso no te has despertado a las seis y media, y los niños siguen en su cama.

Mientras caminaba, la postura de los brazos deslizándose la camiseta en lo alto y el borde del cuello de algodón atravesando mi boca, hicieron que mis palabras en algún momento no fueran del todo claras. Así que Claudia guardó un segundo de silencio. Nunca cerrábamos la puerta del baño hiciéramos lo que hiciéramos. Cuando yo abría la mampara de la ducha Claudia respondió:

—¡Jolín! ¿Qué te ha dado esta mañana, Arturín? Dios mío, qué sueño. Pero, ¿por qué? ¿Qué se te ha pasado por la cabeza?

Olor a jabón, geles y champú.

—No recuerdo bien a qué hora dijo Bernardo que tenían la reunión; ¿recuerdas tú, mami?

Permanecí en el umbral del territorio de la ducha, un espacio amplio indistinguible del resto de las baldosas rústicas del baño, de la habitación y de toda la casa, y alcé la voz para que me escuchara sin problema. Ella volvió a interrogarme.

—¿Reunión?!

Sentí que Claudia se levantaba y encaminaba sus pasos hacia el cuarto de baño, así que abrí el agua caliente y puse la mano bajo el chorro para ir controlando su temperatura.

—¡Lo de Oaxaca!

Descalza y con el camión verde de algodón se situó detrás de mí. Aquella prenda le daba un aire casi adolescente, apenas sujeto por dos finos tirantes en los hombros; el borde inferior por encima de las rodillas. La mezcla de agua caliente y fría había adquirido la temperatura idónea para ponerme bajo la regadera. Giré la cabeza, le disparé un beso y le guiñé el ojo izquierdo.

—La reunión a la que nos invitó el otro día Bernardo para organizar el viaje a Oaxaca; las misiones.

—¿Vas a asistir? Y luego, ¿vas a poder estar diez días fuera de Querétaro?

—**Vamos** a asistir —remarqué.

El agua caía sobre mi cabeza y mis hombros, se deslizaba por el cuerpo abajo como una bendición. Pequeñas cascadas de agua rebotando desde mi cuerpo al suelo sonaban como un huevo friéndose en aceite. El acto de la ducha me recordaba, como cada día, que la suerte de estar vivos y más o menos sanos se aprecia en los detalles más insignificantes; el placer de un duchazo era el epítome redundante de nuestro nacimiento, el ritual que más se asemejaba a la placidez uterina de donde provenimos. Ahora Claudia se agarraba con su mano izquierda al borde de la mampara corredera y me miraba de arriba abajo. Tenía esa expresión casi mística, propiciada por la candidez de los juicios suspendidos. Le insistí:

—Vamos a la reunión, cariño. ¿No te apetece?

—No sé, hay que hablar, porque ya sabes quién es posible que exponga en la galería.

—Ya. Pero hoy podemos ir a la reunión, ¿no?

Ella consensuó con el gesto de sus ojos dulcemente adormilados.  
—Y tienes toda la razón, Clau. Pero esta noche he pensado cosas.  
—Y ¿qué vas a hacer con las clases si realmente quieres ir a Oaxaca?

En efecto, yo era profesor en la Facultad de Psicología. Mi asignatura principal era Psicología y Lenguaje. No podía abandonar la facultad así como así. Pero creía que los plazos nos permitirían hacerlo. En cierto modo, el encaje de piezas en mi mente durante aquella noche de viernes a sábado había tenido una fortísima influencia de mi última semana de docencia en la Universidad. Sin el pudor que solía paralizarme cuando era un profesor bisoño, desde hacía un lustro había comenzado a trabajar con mis propios textos; por supuesto que recurría a la bibliografía más típica y autorizada, pero también pensaba que mi libro *Cuando un primate dijo «te quiero»*<sup>1</sup> resultaba la mejor manera de aportar el punto de vista adecuado, la orientación innovadora que requería nuestro asunto. El lunes y el viernes anteriores había ofrecido las que probablemente habían sido mis mejores actuaciones en el pedestal de un aula. Como solía hacer, evitaba a toda costa parapetarme detrás del escritorio. Me ponía a un lado de él o incluso delante, apoyando de la forma más elegante posible mis posaderas en el borde de la mesa. Por la más pura egolatría, soñaba con que algún día una alumna de la primera fila cerrara sus ojos para dejar leer en sus párpados «*I love you*», igual que se lo hicieran a Harrison Ford en *En busca del arca perdida*. En verdad, no lo necesitaba. Algunos compañeros, sobre todo las compañeras de la facultad, insistían en decirme que volvía locas a todas mis alumnas; pero nunca he tenido el más mínimo instinto para saber percibir el celo de las hormonas femeninas aflorando a mi alrededor. Nunca me daba por aludido y si, por ejemplo, junto a mi cara se sugerían dos pechos lisos y tostados como el ébano por encima del escote de una alumna mientras revisábamos su examen en la mesa de mi despacho, los miraba con la más respetuosa de las cautelas, considerando su aparición allí, rozando mi cara, más una cuestión del azar y de la moda que ningún tipo de insinuación. Todo era fantasía. Llevaba quince años con Claudia manteniendo una fidelidad contra todo pronóstico. Y cuando digo *contra todo pronóstico* me refiero a lo que podría traslucirse de incoherencia con respecto a mi

discurso de moral libérrima. Conocía consumadísimos ultraconservadores mucho más disolutos que yo; o simplemente disolutos, con un discurso meapilas, con todos los clichés que adornan su ideología de capilla: antiabortistas sin matices, defensores de la familia cristiana, homófobos parapetados detrás de circunloquios y eufemismos completamente ramplones, por supuesto políticamente incorrectos, panistas en México, partidarios del conservadurismo europeo, de los *tories* británicos, pero, por encima de cualquier otra cosa, oh, eso sí, republicanos en sentido estadounidense; liberales económicos (renegaban de la categoría internacional de *neocons*) y hasta creacionistas inconfesos. Sin embargo yo, espíritu imbuido por la posmodernidad, vivía en la paradoja de un discurso libertino y un comportamiento de lo más moral según los cánones.

Nada sería igual después de dar aquella clase.

Rogué a algunos de mis alumnos más próximos a las ventanas que cerraran por completo los estores para que no entrara luz; encendí el proyector, una enorme pantalla descendió automáticamente con la parsimonia de una puesta de sol, y me puse a un lado de ella con el control remoto en la mano. Ximena, una de mis más avezadas discípulas, se levantó de su silla pupitre para apagar la luz junto al marco de la puerta. Antes de volver a sentarse, mientras caminaba hacia su asiento, miró hacia mí y le disparé un guiño de agradecimiento con mi ojo izquierdo y una sonrisa cómplice. Le di al «play» y la secuencia de imágenes y música que yo mismo había montado comenzó a estamparse contra la membrana blanca, provocando una danza de luces en el aula semejantes a las sombras de la caverna de Platón. Éstas fueron algunas:

Con la música al fondo del *Dies irae*, de Karl Jenkins, las imágenes siguientes: Un cadáver en un féretro. Una escena de la guerra de Irak donde un niño pisa una mina antipersona y se convierte en una masa roja esparcida por el aire. Yihadistas con pasamontañas se preparan para degollar a un grupo de hombres, de rodillas sobre la arena, vestidos con monos naranjas. Una barcaza repleta de subsaharianos con problemas, algún cadáver flotando en la superficie del mar Mediterráneo. Una fosa común de un campo de concentración nazi, cuerpos famélicos y desnudos de cadáveres amontonados y esparcidos al fondo de la tierra y en los taludes. El cadáver de un

espalda mojada en las orillas del río Bravo. Un reo en la silla eléctrica. La explosión de una bomba atómica.

Imágenes y música se detienen. Una cesura de tres segundos con la pantalla negra y empieza la segunda tanda. Con la música al fondo del Cuarto movimiento de la 9ª, Sinfonía del Nuevo Mundo, de Dvorak: Un paisaje idílico. El sol naciendo. Un bebé recién nacido en brazos de su madre, en una habitación presidida por surtidos floreros. Unos niños jugando. Una escena donde aparece Picasso trabajando en su estudio. Jóvenes moviéndose en los jardines de un campus universitario. Imágenes en blanco y negro de la ciudad de París en todo su esplendor, años 60. Un riachuelo de agua limpia y a veces blanca por efecto de pequeñas y rápidas caídas, y una apertura de la cámara que deja ver el interior de un bosque de hayas. Una cadena de fértiles montañas.

A partir de esas imágenes, resumidas aquí, y su telón de fondo musical, apagué el proyector. El aula quedó casi por completo a oscuras. Pedí a mis alumnos que sacaran un papel o un cuaderno en la penumbra, así como sus plumas o artefactos de escribir. Les pedí que expresaran de la forma lingüística más original posible aquellas imágenes que recordaran. Les indiqué que intentaran superar la expresividad de la música —a sabiendas de que se trataba de una misión imposible— y que no se expresaran con clichés o sintagmas precocinados del tipo «un hermoso arroyo», «un paisaje idílico», «una escena terrible»; etcétera.

Cuando hubieron terminado, les pedí que me entregaran sus hojas sin firmar; me las llevé a casa y las analicé aquella misma tarde del lunes. Sólo algunos alumnos como la misma Ximena (sabía perfectamente cuál era su texto, incluso conocía su letra) fueron capaces, hasta cierta medida, de articular un lenguaje de rasgos novedosos. No se trata tanto de una cuestión de lenguas particulares como de cambios sintagmáticos (la relación entre un determinante, un sustantivo y un adjetivo), la articulación entre el símbolo y su significado (aspirando a la creación de nuevos conceptos) y el uso revolucionario de los verbos. Esto se podría hacer en español y traducirlo al inglés, o en inglés y traducirlo al español; se puede hacer en francés, en chino, en alemán, italiano o árabe; durubálico, euskera o mapudungún. A un nivel profundo, todas estas lenguas, al igual que el griego o el ruso, todas (más de 6.000), absolutamente todas las

lenguas del mundo están emparentadas en estos tres aspectos: la relación entre términos de un mismo sintagma, la relación símbolo-concepto y el envejecimiento del uso de los verbos (y por tanto, la dificultad para describir nuevas y necesarias acciones). Esto último arrastra tal cantidad de pecios en el fondo del lenguaje que resulta casi indesentrañable; pongamos por ejemplo el verbo «pensar»; situemos ahora a cinco individuos en cinco periodos históricos diferentes: una madre en la prehistoria, un mercader cananeo en el 1800 antes de nuestra Era, un pastor de cabras en la Alta Edad Media, un tlatoani azteca en la América precolombina, la reina María Luisa en la Francia del siglo XVIII, un profesor de física cuántica: ¿qué significa «pensar» en cada caso? Pero es que, ¿qué significa «pensar» en cada uno de los habitantes del planeta en este mismo instante? Con Ludwig Wittgenstein, debemos atribuir al lenguaje toda su ridícula ambigüedad, su siempre mermada capacidad representativa frente a la multiplicidad del cosmos, de la vida, de nuestra propia especie. Tal vez Arquímedes exagerara con su punto de apoyo y su palanca, «dadme una palanca y moveré la Tierra» (esto deja claro que los griegos sabían perfectamente de la esfericidad planetaria); pero quien ha sido capaz de crear cambios profundos en el lenguaje sin duda habrá podido hacerse con la palanca mágica con la cual mover el mundo, habrá contribuido al cambio histórico o habrá sembrado la innovación en algún paradigma del pensamiento humano. Hasta el habitante más ramplón de Occidente hace brotar en su mente la evocación de una idea al escuchar «inconsciente, complejo o tabú» (*grosso modo*, cortesía de Freud para la cultura); o «relatividad» (Einstein); o «justicia social, lucha de clases, socialismo» (Marx); «intuir», «a priori y a posteriori» (Kant); «luchar contra molinos de viento» (Cervantes); o «pecado», «átomo», «Dios», «cínico», «acueducto», «símbolo», por retrotraernos a innovaciones de los tiempos antiguos. En los recovecos del cerebro de un hombre o una mujer del Neolítico no habría surgido una sola idea frente a todos estos sonidos. Con toda probabilidad, ni siquiera la propia y breve sucesión de sonidos de la palabra «idea» le habría hecho inmutarse. El lenguaje y la evolución humana van de la mano.

En la siguiente clase, miércoles 20 de marzo, les hablé sobre todo de una cosa: la posverdad (post-verdad) o la Era posfactual (post-factual). Les hablé de forma muy somera sobre quiénes habían acu-

ñado estos términos y los comenzaron a utilizar: David Roberts, en su blog, o Ralph Keyes, en su libro *Post-True*, de 2004. Ahora se ha divulgado el concepto y anda en boca de todo periodista. Medio pervertido, el concepto, digo. Aparté toda modestia y les esboqué mi idea *sobre la censura*,<sup>2</sup> concebida mucho antes de la aparición de estos términos de *posverdad* o *postfactual* y los conceptos que están detrás de ellos. Me refiero a la idea más perfecta de «censura» que ha podido inventar el poder: el barullo. Cuando un líder intelectual es señalado por sus gobernantes y éstos intentan censurar sus proposiciones, el discurso tenderá a hacerse expansivo y centrífugo; si por el contrario se le hace el vacío y se contraponen a su opinión decenas de posibles verdades divergentes emitidas por otros considerados tan sabios o más que aquél, el borboteo del barullo comienza a formarse, como un veneno efervescente, donde la proposición acusatoria quedará deshecha como un terrón de azúcar. Diluida. La bola se pierde en el aire, jamás rebotará sin la resistencia de un muro. El discurso, esta vez, implosiona de un modo centrípeto hasta la total estrangulación. Una miríada de informaciones quiebra cualquier intento por sobresalir a una idea en particular, por poderosa que parezca. Se genera un bloque de plomo sin fisura alguna por donde pueda aflorar, verde, el tallo de un principio de verdad. Mi invento terminológico y conceptual está muy emparentado con el de estos autores. Se trata de crear falsas verdades que apelan a la emocionalidad, a los sentimientos, al sistema anímico de los seres humanos y no tanto a su racionalidad. No importa ningún dato, ninguna estadística veraz, lo que importa es mover en un sentido o en otro el voto en unas elecciones, el consumo de determinados medios o productos, la manipulación de la sociedad. Pero estos autores y yo mismo no somos ningunos adelantados. Si cualquier filósofo sofista de la Grecia antigua renaciera en nuestros días, con razón nos acusaría de plagio. Ellos ya concebían la poca importancia que tiene la verdad y lo importante, sin embargo, de un constructo que-parezca-verdad, con el cual persuadir a los demás de una idea política o económica, propagandística. El objetivo es conseguir algo. La Biblia dice en algún lugar: «Si ves que una de tus manos peca, córtala con la otra mano»; esto es una posverdad dirigista de nuestros actos; ¿pecado? Un gobernante dice: «¡Los inmigrantes traen el terrorismo, la merma de nuestros recursos sociales, e incluso enfermedades!», y un

alto porcentaje de la población será persuadida en lo más profundo de su sentimiento, y su miedo los moverá a votar a su líder; el camino para la xenofobia queda abierto. Cuatro hilos sueltos de Historia bien aprovechados por la ingeniería social del nacionalismo bastan para engatusar a un número suficiente de ciudadanos, hasta convertirlos en huestes para la construcción de una República perfecta. Se asemeja a lo verosímil en la obra de arte, en la novela o en el cine. No importa si es verdad, importa si la gente se lo cree y su sentimiento se conmueve. Por poner el ejemplo más global, asentado y comprensible para cualquiera, no importa si la Coca-Cola es «la chispa de la vida». La chispa de la vida es un sintagma que enciende nuestro optimismo; nadie puede pensar que hay algo malo detrás de esto. Todo lo contrario. Es lo que nos hace felices, lo que nos impulsa a la acción. Con las imágenes y la música oportunas, parece que promueve incluso el amor entre nosotros. No importa si es bueno o malo para la salud y tampoco qué ingredientes exactamente tiene. Lo verdaderamente importante es que consumamos el producto. Ojalá fuera éste todo el efecto que pudiera conseguirse con posverdades. Y basta con esta simplificación. Han llegado candidatos de quienes pensábamos que era imposible su triunfo político, y han logrado hacerse los líderes de los países más importantes, precisamente por el principio de posverdad. Decisiones plurinacionales de ruptura antifraternal gozan de buen número de adeptos y prosperan en referéndums por varios puntos del orbe. Se dirán cosas como las que se dijeron para justificar la guerra de Irak —que había armas químicas de destrucción masiva— y se actuará en consecuencia. No importa si después se descubre que era una propuesta post-factual, una posverdad. Que no era verdad, vaya, o que era una mentira. Convenció al mundo o al menos se pudo hacer lo que convenía en ese momento sin que se produjeran mayores revoluciones u oposiciones de las grandes potencias militares alternativas. El miedo a la pérdida de nuestra prosperidad sirvió de empuje.

Junto con Stefan Zweig, les dije más adelante a mis alumnos, un poco mareados al final de la clase del viernes (o eso pensaba), hay muchos europeos, y yo mismo, que preferiríamos considerar a Europa como nuestra auténtica patria. Sería el principio para ir haciendo crecer la idea de patria hasta llegar al universalismo y concebir que no hay otra patria que la Tierra, ni otros compatriotas que el

resto de seres humanos. En mi aula, en la facultad en general, yo pasaba por ser español. No importaba que les dijera que tenía mi credencial de elector y mi pasaporte mexicanos. Por mi acento, y por algunas expresiones, por utilizar el «vosotros» en vez del «ustedes» era imposible hacerme pasar por un mexicano más. En cierto modo, cuando viajaba a España me sucedía lo mismo en sentido inverso, porque utilizaba palabras y expresiones diferentes, incluso porque arrastraba cierta holganza detrás de cada frase, mis jotas no eran carraspeantes y mis eses, más sibilantes, carecían del carácter pastoso palatal propio del español de la península Ibérica. Traía una forma más suave de hablar. Las lenguas y las variedades dialectales son una cárcel. No en vano, se trata de toda una alegoría bíblica sobre el castigo divino: la Torre de Babel. Cualquier etiqueta, cualquier intento de definición, nos empobrece. Unos versos de Jorge Guillén dicen: «¿Quién es mi enemigo? / El que me simplifica».

Hacía años, había dado clases en Estados Unidos. Al menos mis alumnos de México se veían más receptivos hacia el universalismo. Los estudiantes estadounidenses se mostraban en su mayoría reacios a la pérdida de su patriotismo particular para abrazar un patriotismo abarcadoramente humano. Veían en ello algún tipo de artimaña dialéctica. Una suerte de caballo de Troya ideológico para derrotarlos. Siempre pensaban que alguien quería acabar con ellos. Estaban en su mayoría, hombres y mujeres, a la defensiva. Los súbditos de toda gran potencia, si cupiera la generalización de un diagnóstico psiquiátrico propio de su idiosincrasia, han tendido a la paranoia a lo largo de toda la historia, desde Egipto hasta nuestros días. —Así que, amigos míos —recuerdo que me despedí en el último minuto de la clase del viernes día 22 de marzo—, ninguno de vosotros, ninguna de vosotras olvidéis esto que os digo: una sola persona puede influir en el destino del mundo. No hace falta ser nadie extraordinario. Hasta Paulo Coelho ha podido hacerlo en una medida nada desdeñable. En realidad no hay nadie extraordinario. Lo mismo que ciertos grandes dirigentes asesinos lograron su propósito por mediación de la pertinacia, una persistencia imposible de doblegar y un conjunto de ideas, por cierto posverdades, que movían a las masas a tener malos sentimientos, los cuales se convertirían a su vez en una energía irrefrenable; lo mismo, pero para bien, podemos hacer cada uno de nosotros por mejorar nuestro mundo.

No renunciéis a eso. Podéis cambiar el mundo cada uno de vosotros, podéis hacer de esto un lugar más justo, más limpio y más hermoso. Quizá si hacemos del bien común nuestro objetivo y nos olvidamos un poco de nosotros mismos o de planes para tener un éxito social o económico sólo personal, quizá entonces nos quede el camino expedito, la neurosis parezca evaporarse y consigamos una vida mucho más plena. La mayor dificultad tal vez estribe en saber vadear la corriente torrencial que arrolla las sociedades occidentales, y que espera pronto arrollar también a todas y cada una de las que se van incorporando a esta maquinaria de la voracidad. Cada uno y cada una de vosotros valéis tanto como los personajes más conspicuos que podáis imaginar. Simplemente debemos ser valientes. Se dice, está en boca del pueblo, aquello de que si se es inteligente no se puede ser bueno (por eso de conocer el alma humana); pero sucede que es exactamente lo contrario: para ser verdaderamente bueno hay que ser muy muy inteligente.

Fue Ximena la que se levantó y comenzó a aplaudir. Sentí cierto bochorno y tuve que tirar de madurez para no hundir la cabeza bajo el cuello de mi camisa o que se me subieran los colores, sobre todo cuando uno a uno se fueron levantando todos para aplaudirme. Hubo silbidos de aprobación, «¡vivas!» al profesor. Un muchacho llegó a exclamar:

—¡Pocas mentes en la Universidad como la suya, profesor!

Me habría gustado saber si aquella reacción se hubiese producido del mismo modo a primera hora del lunes; creo que jugué con la ventaja de soltar la alocución en la última clase del viernes, ante la perspectiva de un espléndido fin de semana.

Abandoné la Universidad con un ego inflamado. Humildemente inflamado. Todo lo humildemente inflamado que puede estar un ego. Creo que caminaba más recto que nunca con mi cartera de piel agarrada en la mano izquierda y un cigarro recién encendido entre los dedos de la derecha. Me dirigía hacia el aparcamiento e iba dando vueltas a las tres clases impartidas durante aquella semana, a aquel final apoteósico; iba en volandas, flotaba entre el cariño de mis estudiantes y sus aplausos, sus vítores. Abrí la puerta del auto y, mientras colocaba mi cartera en el asiento del copiloto, la cerré con suavidad. Me sentía como el personaje de una novela. Metí la llave

para arrancar el motor y me quedé suspendido con una mano en el volante y la otra, ya liberada de las llaves, acercándome el final del cigarrillo a los labios. Aspiré el humo y lo inhalé con fruición. Le di media vuelta a la llave. Abrí la ventanilla con el dedo índice de la mano izquierda y me acodé en el borde. Jalé del cenicero y apagué el cigarro. Una colilla solitaria en el cenicero limpio. Por fin, terminé de dar vuelta a la llave y arranqué. Todavía no había exhalado el humo de la última calada, olvidado en mis pulmones. Dirigí mis labios hacia la ventanilla abierta e intenté expulsarlo, pero apenas salió una pequeña nube difuminada. Mi mirada tendía a quedarse suspendida en algún punto del exterior. Recuerdo que fue en la flor de una jacaranda inmensa que había enfrente. Su color entre violeta y rosa casi se podía oler desde dentro del coche con el vidrio bajado. Respiré. El espíritu del tabaco parecía haberse perdido por completo, como si no hubiera terminado de apagar un cigarrillo hacía apenas unos segundos; lo cierto es que solía fumar muy poco dentro del automóvil. Y fuera también. Casi había doblegado a aquel villano hasta reducirlo a una costumbre episódica; había días en los que ni siquiera abría la cajetilla. Creo que el ego inflamado demandaba un gesto, por eso prendí el cigarrillo antes de poner el pie en las losas que daban al campus, en el umbral exacto de la puerta de entrada. La ventanilla del coche completamente abierta, mi rostro volcado al exterior. La temperatura era perfecta y el aire traía más los aromas de la propia jacaranda y de la vegetación que del tráfico al otro lado de la valla. Me sentí un farsante de pronto. ¿Era lo mío en la clase una posverdad que movía el sentimiento de los alumnos? Lo sería en tanto que no procediera a la acción. Lo seguiría siendo, seguiría siendo un impostor si no actuaba cuanto antes. Debía implicar a mi mujer, Claudia, y a mis hijos, Berto y Mariela. El más pequeño, Berto, ya tenía siete añitos, muy descolgados de los catorce de su hermana. Con esa edad, Claudia y yo podríamos por fin darles una auténtica lección. Podríamos por fin pasar de la teoría a la práctica a la hora de educarlos. La buena educación, la única admisible, consiste en propiciar un encuentro que parezca casual entre aquel a quien se pretende educar y lo hermoso, lo bien hecho. Entonces, si el sujeto es apto, terminará por inclinarse hacia lo bueno. Parece algo platónico, pero hablo de hechos bien concretos; de lo palmario, algo perfectamente tangible. Presentar a nuestros hijos su pareja de baile,

ponerla delante de sus ojos, y que ellos decidan tomarla de su mano más tarde o más temprano y emprender su propia danza en este mundo. Me parece la forma más sana de educación, al fin y al cabo, el aleccionamiento clásico fundamentado en el ejemplo. Detrás de todo monstruo siempre hay una educación coercitiva.

—No hay problema, cariño: las clases terminan prácticamente en la misma semana, dos o tres días antes de salir hacia Oaxaca.

En el baño, bajo la regadera, el agua que caía contra el suelo comenzaba a formar un charco. El sumidero nunca daba abasto. Miré hacia abajo y vi los deliciosos pies de Claudia a punto de ser alcanzados por el agua. Con mi mirada, la suya descendió para observar sus dedos rozando el caudal. El agua limpia debió de rozar el dedo gordo de su pie izquierdo. Lo deslizó hacia atrás levemente, pero yo me abalancé hacia ella empapado y la agarré de la cintura:

—Ven.

—Déjame. Que me mojas el camisón.

Sonrió. Con mi mano derecha la tomé del cuello por debajo de su melena desordenada por el sueño, humedeciendo levemente su nuca, y la atraje hacia mí; nos dimos un beso.

—Ven.

Claudia se dejó atraer bajo el torrente cálido que salía de la gran alcachofa anclada al muro por un tubo siempre tizado de cal. El agua comenzaba a empapar el camisón verde y sus senos pequeños y llenos de gracia comenzaban a moldearse bajo la tela oscurecida de humedad, como si se estuviera originando una Venus de papel maché. Volví a besarla y nuestros labios, nuestras bocas, las lenguas, confundían la placidez del beso con el agua templada. A ratos cerrábamos los ojos, a ratos los abríamos, nos mirábamos casi microscópicamente los rasgos de la cara, las pupilas; rozábamos con el dedo pulgar los labios del otro, nos mirábamos unas décimas de segundo y volvíamos a ensamblarlos con la dulzura de un osezno lamiendo la miel.

Mientras tanto, en la fachada oriental de la casa, atravesando los pequeños frutales y la araucaria del jardín, el sol prendía de luz el espacio del salón, el corredor y la cocina, iluminándolo todo tras los inmensos ventanales y los vidrios desnudos de la puerta de entrada.

Muy cerca de ésta, sobre una confortable alfombra, Lázaro y Trotsky, un cachorro negro de labrador el primero y un maduro macho con mezcla de schnauzer gigante, pastor alemán y alguna raza más el segundo, dormían todavía plácidamente acurrucados uno junto al otro; aunque Trotsky nos había escuchado ya, y la luz cada vez más omnimoda le mantenía el ojo derecho medio abierto. Parecía estar disimulando su estado de vigilancia, como si esperase el momento en que saliéramos por la puerta para levantarse y ser el primero de la casa en saludarnos.

Berto y Mariela, varios metros adelante del corredor y en un dormitorio que daba hacia el patio trasero, todavía se encontraban en lo más profundo del último ciclo de su sueño.

## Capítulo dos

Si estuviera en nuestras manos contratar el clima que deseamos, con toda probabilidad solicitaríamos a los dioses el mismo tiempo que suele hacer en Santiago de Querétaro. Un sol ya maduro, pero amable, una atmósfera limpia invadía el centro histórico de la ciudad. Los ficus de copas recortadas como enormes rectángulos orlaban la plaza y saludaban a los transeúntes con el brillo aceitoso de sus hojas sempiternas, siempre perfectas, impertérritas ante cualquier condición climática. Los troncos pintados de blanco hasta la mitad evitaban que ningún pulgón impertinente conquistara el verde oscuro de su envés. El lugar de reunión era uno de esos pequeños hoteles con restaurante ubicados en un coqueto palacio colonial. Un solitario anciano de mostacho encanecido ocupaba una mesa en el rincón; con el periódico en las manos, propinaba de vez en cuando un sorbo a su vaso de café. Cuando Bernardo nos vio entrar por la puerta, se levantó de su silla para darnos la bienvenida. El viejo también nos echó un vistazo entre los enormes pliegos de su diario y por debajo de su sombrero de palma. Bernardo se agachó para saludar a Mariela y Berto, en primer término, al tiempo que con su mirada se dirigía a nosotros:

—¡Qué bueno que vinieron! Qué alegría me dan.

Alrededor de la mesa se encontraban cuatro matrimonios y un par de hombres desaparejados. Lisa, la mujer de Bernardo, también se levantó para saludarnos cuando nos encontrábamos próximos a un par de sillas donde nos disponíamos a sentarnos. Todavía quedaban algunos huecos. Como es característico en casi cualquier reunión social mexicana, los congregados llegaban de forma escalonada sin ninguna puntualidad. Nosotros mismos llegábamos quince minutos pasadas las 10 de la mañana, hora a la que nos había emplazado el anfitrión y organizador de las misiones oaxaqueñas, Bernardo, con

esa vocación de pastor. Ninguna de las caras nos era conocida excepto la de él, la de Lisa y las de sus dos niñas, Yatzil y Xochimiltl.

Después vinieron las presentaciones. Aunque habíamos tomado un café antes de salir de casa, y Berto y Mariela sendos cacaos con leche y cereales, hubo pasado el tiempo suficiente para volver a comer algo. Al fin y al cabo, la reunión se organizaba precisamente en torno al desayuno; un desayuno mexicano, la colación más milagrosa de la gastronomía mundial. Mientras llegaban los huevos estrellados con chilaquiles, y jugos de naranja y zanahoria para Claudia, los niños y para mí mismo, la emprendíamos con el café. Y Bernardo comenzó a pedir nuestra colaboración para organizar el viaje. Todos cuantos se aunaban alrededor de aquella mesa, todas aquellas familias desprendían un aroma similar; el de personas sencillas, de una clase media baja y creencias cristianas un tanto ñoñas. Sólo nosotros y uno de los dos hombres que parecían solteros desentonábamos con aquel perfil parroquiano. En verdad, Claudia tenía muchas dudas con respecto al viaje. Se trataba de rentar o llevar nuestros propios vehículos y partir a principios de julio hacia el sur de Oaxaca, en una zona selvática limítrofe con Chiapas. Una aldea de población dispersa nos acogería en diferentes hogares para pasar allí una temporada de aproximadamente diez o doce días. Nuestra tarea consistiría en organizar actividades culturales que revalorizaran sus raíces indígenas e intentar dar una salida comercial a su artesanía y algunos productos como la miel, todo a escala artesanal. En ciertas ocasiones previas a aquella mañana llena de plácido esplendor le había transmitido a Bernardo la idea un tanto impertinente de que yo no tendría cabida si la misión iba a tener un cariz demasiado religioso. Él insistía en poner aparte su labor particular como cooficiante de misas con un párroco, quien tomaría su propio viaje desde Veracruz. «Es un trabajo cooperativo totalmente laico», remachaba. Una vez más imbuidos del espíritu idiosincrásico del país, es decir, a la manera mexicana, cada pareja, cada miembro fue esbozando sus propias ideas y aportando su granito de arena en la estrategia de la misión. Para la mayoría no era la primera vez, así que confiaban en una experiencia cuyos antecedentes la convertían en algo familiar y exitoso a partes iguales; pero nadie tomaba nota, y transcurridas dos horas y cuarto, ningún plan había sido fijado de un modo determinante. Las cosas quedaban a medio pelo. Llamadas y correos elec-

trónicos cruzados, también *whatsapps* en el nuevo grupo creado aquella misma mañana, «Oaxaca», servirían para seguir trazando y concretando el plan.

Como psicólogo, no lograba entender mis propios procesos mentales. Cuál era la razón por la que mi atención se dirigía, además de controlar de reojo a Mariela y Berto, a una multitud de hechos por completo externos a nuestra reunión: el viejito de la esquina había desaparecido después de 40 minutos, y lo había hecho con una parsimonia de filósofo eremita, caminando quedo con sus zapatos de suela de esparto, pantalones de lino, camisa guayabera y el sombrero de palma; la camarera que nos atendía tenía unos ojos de energía planetaria, un poco verdosos, dispares, el izquierdo casi amarillo; las columnas del patio, de piedra rojiza, remataban en unos capiteles planos con volutas, y las plantas, filodendros, ficus, hortensias, plagaban cada rincón, e incluso la galería de la segunda planta, que asomaba al patio flanqueada por una ostentosa balaustrada del mismo granito pardo. De vez en cuando me hacía consciente de mi falta de atención a las palabras cansinas de Bernardo y mi mente regresaba a la reunión. Claudia mantenía mejor que yo la compostura. Si ella ponía pegas a aquel viaje no era únicamente por el ambiente un tanto ñoño que nos olíamos, sino también porque tenía sus propias ocupaciones.

Claudia había estudiado Bellas Artes. En Madrid, habíamos soñado con poder abrir una galería, pero nunca pudimos hacerlo. Sin embargo, al llegar a Querétaro se nos hizo posible gracias al local de mi primo Bony, Bonifacio, en el centro de la ciudad. Bonifacio tenía en realidad locales repartidos por todas partes, además de terrenos, edificios e incluso un par de ranchos. Para él, era dejarnos una migaja. Nos ofreció el local a un precio de renta casi ridículo. Así que no podíamos desperdiciar la oportunidad. La sensibilidad artística de Claudia era exquisita. Nunca había pensado que tuviera aquella capacidad para montar una exposición tras otra, lidiar con tantos artistas pretenciosos y contemporizar con la pompa de una clientela de diletantes. La Galería Fidias, en apenas un año y medio de existencia, había adquirido una singular notoriedad. En esos meses, habían desfilado por la sala, un espacio en L de aproximadamente 120 metros cuadrados, pintores y escultores de medio mundo: mexicanos, desde luego, pero también algún estadounidense, colombianos,